



Cristo, el Refugio de los pecadores

Un sermón de George Müller de Bristol

Un sermón predicado por George Müller en la Capilla Bautista de Kensington, Stapleton Road, Bristol, el domingo 28 de marzo de 1897 por la mañana, con motivo del aniversario de la Capilla.

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores; de los cuales soy el primero” (1ª Timoteo 1:15)

En la primera parte de esta declaración: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”, se registra que es una “palabra fiel”. ¡No un dicho cuestionable, o uno que está expuesto a la sombra de la duda! Nosotros, que somos creyentes en el Señor Jesucristo, deberíamos ocuparnos habitualmente de demostrar con nuestra vida y amor a Dios que creemos implícitamente en la verdad de la declaración de que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Por lo tanto, nuestra tarea es ser testigos fieles de la verdad del Evangelio.

A continuación se afirma “que es digna de ser recibida por todos”. Por tanto, es digna de ser recibida por nosotros; es nuestro deber recibir esta declaración de que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. Ahora, ¿qué decimos con respecto a esto? ¿Ponemos todos nosotros individualmente nuestro sello a esto al recibirlo implícitamente? Hay muchos aquí en la actualidad que lo hacen. No cuestiono que hay cientos aquí presentes que lo hacen, ¡que han recibido esta declaración del Espíritu Santo de Dios de que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores! Pero el deseo y la oración de mi corazón es que cada uno de vosotros, sin excepción, pueda recibir esta declaración. No hay otro Salvador que Jesucristo, y debemos recibir esta verdad en nuestro corazón. ¡No hay otra manera con respecto a la salvación de nuestras almas sino a través de Él! ¡Oh, seamos serios en esto!

Y luego tenemos que considerar que “vino al mundo”, ¡no que nació en el mundo! Esto es particularmente importante. Si se hubiera dicho que nació en el mundo, habría sido cierto en lo que respecta a su naturaleza humana. María fue su madre según su naturaleza humana; pero aquí se hace referencia a la divinidad de nuestro Señor Jesús. Nuestro Salvador fue real y verdaderamente un hombre tanto como nosotros; pero Él era real y verdaderamente Dios al igual que Dios Padre. Hubiera sido muy cierto si se hubiera dicho que Él nació en el mundo para salvar a los pecadores. ¡Pero aquí, sin embargo, se nos indica la divinidad de nuestro Señor! Él es el Creador de todo lo que existe; el Constructor, el Sustentador, de todo lo que existe. Pero como aquí se hace referencia a la divinidad de nuestro bendito Señor, ¡era necesario que Él fuera real y verdaderamente divino al igual que el Padre de nuestras almas! Que Él fuera humano era necesario para que, en nuestra forma y estado, pudiera cumplir la ley de Dios que hemos quebrantado innumerables veces, y así obras la justicia en la que ahora podemos encontrarnos, pero que por naturaleza no podemos obtener por nosotros mismos, porque no tenemos nada propio.

¡Nuestra propia justicia no puede ser aceptada por Dios! En la Palabra de Dios se compara con trapos de inmundicia. Por el amor de Dios, la justicia de Cristo es imputada a todos los que confían en Él para salvación; y únicamente sobre la base de la justicia de Cristo, pobres pecadores - ancianos y jóvenes, hombres y mujeres, ricos y pobres, educados o no educados - ¡todos y cada uno de los que confíen solo en el Señor Jesucristo para la salvación serán aceptados!

Ahora bien, era necesario que fuera humano para que, como ser humano, nacido bajo la ley, cumpliera la ley de Dios que hemos quebrantado innumerables veces, ¡por acción, por palabra, por pensamiento, por sentimiento, por deseo, por propósito y por inclinación! Pero la justicia de Cristo será contada a nuestra cuenta, ¡será contada a nuestra cuenta! ¡Nosotros mismos seremos considerados como si hubiéramos cumplido la ley de Dios, si ponemos nuestra confianza en Cristo!

Además, era necesario que Él fuera real y verdaderamente humano para que nuestro pecado pudiera ser castigado en la persona del sustituto, que el castigo pudiera ser soportado por la persona que iba a ser nuestro sustituto, ¡el Hombre Jesucristo! Y por lo tanto, el sustituto, a fin de hacer una verdadera expiación por nuestros pecados, debe soportar este castigo, en nuestro sitio y lugar.

Pero este es solo un lado de la verdad. El otro lado es este: Él era verdaderamente divino al igual que el Padre; y era necesario dar valor a la justicia que le fue confiada y que nos fue imputada, y también dar valor a la expiación, que el Señor Jesucristo mismo colgó de la cruz y derramó Su sangre para la remisión de nuestros pecados. Un simple ser humano podría haber sido crucificado; pero este ser humano simplemente habría sido castigado mediante la muerte por crucifixión. Esto, sin embargo, no habría dado valor a la sangre derramada. ¡Debe ser la sangre del Dios-Hombre, Cristo Jesús! Esta misma sangre que fue derramada se llama la "sangre de Dios" - porque Él era verdaderamente Dios además de hombre - fue derramada para la remisión de nuestros pecados; y fue justamente esto lo que dio valor a la sangre, porque debía ser eficaz en la salvación no meramente de un pecador, ni de mil, ni de un millón de pobre almas enfermas de pecado; sino una innumerable compañía que iba a ser salvada por esta sangre. la sangre de ese bendito Jesús que cargó con nuestros pecados - mis pecados, tus pecados - sobre Él. Por lo tanto, para que sea de valor, la sangre debe ser la sangre del Dios-Hombre, Cristo Jesús. Esta es la parte valiosa, ¡el hecho más importante que debemos recordar! ¡La sangre de Cristo puede salvarnos de todo pecado! ¡Y solo podemos ser salvos a través de Aquel que derramó Su preciosa sangre por nuestro rescate y regeneración!

Y ahora, queridos amigos, ¡qué precioso es este pensamiento! ¡Sí, qué precioso! ¡La ley se ha cumplido! Soy un pobre pecador, malvado, que merece el infierno; tú y yo también somos pobres pecadores miserables bajo la ley; sin embargo, si pones tu confianza en el Señor Jesucristo, Dios te aceptará y te recibirá a través de la justicia de Cristo, la cual es puesta en tu crédito, contada en tu cuenta, ¡imputada a ti!

¡El Señor Jesucristo ha hecho una expiación por cada una de nuestras innumerables transgresiones, por todos nuestros caminos pecaminosos, palabras pecaminosas, pensamientos perversos! ¡Ese Salvador bendito, precioso, adorable y amoroso ha hecho

una expiación por cada una de nuestras palabras y acciones pecaminosas! ¡Sí! ¡Ha hecho una expiación! ¡Y esta expiación no solo debía ser por cada uno de nuestros pensamientos pecaminosos, deseos impíos, voluntades e inclinaciones impías, sino que el Señor Jesucristo hizo la expiación en su totalidad! ¡Y así se salva el pobre pecador! ¡Oh, qué precioso! ¡Qué consuelo para nuestras almas enfermas por el pecado!

Ahora, el siguiente punto que tenemos que considerar especialmente es este: ¡Él vino al mundo para salvar a los pecadores! ¡Sí, mis queridos amigos, pecadores! ¡No dice que vino al mundo para salvar a personas excelentes, o a aquellos que son muy buenos, o a aquellos que son solo pecadores moderados! Entonces debo ir al infierno, porque fui un gran pecador durante los primeros veinte años de mi vida. Durante varios años perseguí los placeres del mundo, las vanidades del mundo, los vicios del mundo. ¡Estos fue lo que seguí! ¡Y, sin embargo, fui a la Universidad a estudiar para ser clérigo! ¡Sí! Esa era la intención: convertirme en clérigo. Asistí a las Escuelas Clásicas; y durante nueve años después de que entré en la Universidad y asistí a los exámenes para convertirme en clérigo - digo durante nueve años, desde que tenía diez años y medio hasta los diecinueve y medio - y todavía me estaba preparando para ser clérigo, ¡yo estaba viviendo lejos de Dios! Durante seis años, desde que tenía catorce hasta que tenía veinte años, nunca leí un solo capítulo de la Biblia, ¡ni un solo versículo! Leí el hebreo y el griego del Nuevo Testamento, y tenía la Biblia en mi propio idioma, ¡pero nunca la leí!

¡Este fue el estado en el que Dios me encontró! Para mí no había nada más que el infierno, ¡nada más que el infierno! No supe nada de esa maravillosa cruz hasta que Dios me abrió los ojos, cuando tenía veinte años y cinco meses, y me mostró lo malvado que era y que no merecía nada más que el infierno. Pero, bendito sea Su Nombre, también me mostró en este precioso Libro que incluso un pecador tan malvado y digno del infierno como yo ¡podía ser salvo de mis pecados mediante la sangre de Cristo y mediante la expiación que se había hecho por los pobres pecadores!

Ahora, no tenía tus privilegios. ¡Nunca en mi vida había escuchado el Evangelio hasta los veinte años y cinco meses de edad! ¡Nunca había oído hablar de un cristiano de confianza real en mi vida! Sin duda hubo muchos; ¡pero nunca había escuchado ni visto uno! ¡Y, sin embargo, yo era uno de varios estudiantes de la Universidad que se estaban preparando para convertirse en clérigos!

Aproximadamente en ese momento me llevaron a una pequeña reunión de oración que se llevó a cabo en la casa de un comerciante. Había alrededor de una docena o quince ciudadanos en la sala; y aquí, por primera vez, escuché de Cristo. Entré en la casa de este comerciante como muerto en delitos y pecados, y tan completamente imprudente y descuidado de las cosas divinas como cualquier persona que exista. Salí de esa pequeña reunión de oración encontrándome como un joven feliz, ¡un feliz creyente en Cristo! En ese momento había mil doscientos sesenta estudiantes en la Universidad; pero solo tres de ellos eran creyentes en Cristo, ¡y yo me convertí en el cuarto! ¡Este era el estado de las cosas en el que me encontré cuando asistí a esa pequeña reunión de oración, y donde por primera vez escuché el nombre de Jesús! La compañía alegre, la compañía mundana, era todo lo que me importaba. Me encontré con nada más que decepción. En lugar de encontrar la felicidad en estas cosas, no conocí nada más que decepción.

Por fin pensé que viajaría mucho y descubriría si eso me haría más feliz. Dios me guió. Viajé durante cuarenta y tres días seguidos, día a día durante cuarenta y tres días; y vi algunos de los paisajes más hermosos que se encuentran bajo el dosel del cielo. Después de un lapso de varias semanas, me enfermé, me cansé y harté tanto de viajar que pude pasar por el paisaje más hermosos sin mirarlo.

Pero tres semanas después de haber encontrado a Jesús en esta pequeña reunión de oración, me convertí en un hombre verdaderamente feliz; ¡Y he tenido verdadera, verdadera felicidad ahora durante setenta y un años y cinco meses!

Esta real, verdadera felicidad, amigos míos, la deseo para todos los que no la tienen; ¡y es por esa razón que estoy aquí esta mañana para dar testimonio del Señor Jesucristo! ¿Cuántos de vosotros tenéis esta verdadera y real felicidad que he encontrado en el Señor Jesucristo?

Cuando llegué a casa de esa pequeña reunión de oración, ahora hace más de setenta años, ¡me encontré acostado pacíficamente en mi cama bendiciendo y alabando a Dios por lo que había estado haciendo por mí! Ningún creyente con el que conversé; nadie me dijo: “¡Ahora, fíjate! Debes renunciar a los juegos de cartas, el teatro, el salón de baile y todas esas malas formas en las que has estado actuando”.¹ ¡No! Pero Dios me había dado vida espiritual, instintos espirituales, deseos espirituales. Me dije a mí mismo la primera noche después de regresar de esa pequeña reunión de oración: “Nunca más iré al salón de baile ni a jugar a las cartas”. Y nunca he ido al salón de baile ni he jugado a las cartas desde entonces. Toda la vida se volvió diferente. De repente todo se volvió diferente, porque ahora ya no estaba muerto en delitos y pecados. Ahora había obtenido la vida espiritual, y con gozo y alegría me entregué a Dios, quien había hecho tanto, tanto, por mí. Y así me volví indescriptiblemente feliz.

Y, mis queridos amigos, he sido increíblemente feliz desde entonces, lo cual hace ahora setenta y un años y cinco meses.

¡Oh, qué idea tan gloriosa, qué simple! ¡Qué hermoso! Que a través del Evangelio de la Buena Nueva que se nos predica, y viniendo y confiando solo en Jesús, los pecadores, grandes pecadores, viejos pecadores, puedan ser salvos.

Después de que el Apóstol hizo esta declaración de que “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”, dice, “¡de los cuales yo soy el primero!”. Ésta no es una mera expresión formal; es lo que quiso decir San Pablo; se consideraba a sí mismo un gran pecador, el mayor pecador: ¡Y Pablo se llamaba a sí mismo el primero de los pecadores! Este no es el único pasaje en el que se refiere a sí mismo; pero, una y otra vez, en sus Epístolas y en los Hechos de los Apóstoles, habla de él mismo como un gran pecador.

¹ Hemos de tener en cuenta que estas cosas eran vistas así en el siglo XIX, aunque hoy no nos parezcan malas en sí mismas.

Luego viene el siguiente versículo que sigue al texto: “Sin embargo, por esto obtuve misericordia, para que Jesucristo manifestara primero en mí toda paciencia, como ejemplo para lo que en el futuro creyeran en Él para vida eterna”.

Ahora tengo noventa y un años y seis meses de edad, con la expectativa del cielo, muy cerca del cielo, ¡muy cerca del final de mi peregrinaje terrenal! Aun así, puedo trabajar todos los días y durante todo el día. Además, predico cinco o seis veces a la semana; ¡y tengo capacidad para hacerlo! Pero aunque en mis noventa y dos años, hablando a la manera de los hombres, exista la posibilidad de que sea llevado, a pesar de todo, estoy indescriptiblemente feliz.

¡Y es indescriptiblemente feliz poder ayudarnos unos a otros confiando en Jesús! Nunca olvides que Jesús vino a salvar a los pecadores, ¡tan pecadores como yo! Pero debes aceptar la salvación de la manera designada por Dios. ¡Es solo a través de Jesús que puedes ser salvo! Si los pecadores buscan ir al cielo a su manera, ¡irán al infierno! ¡Infierno! ¡INFIERNO! Sí, irán al infierno por sus buenas obras, ¡por su propia justicia! Los pecadores solo pueden ser salvos confiando en Jesús para la salvación, ¡porque Él es el Señor! Es decir, que el Señor Jesucristo, al mostrarle a Pablo - antes llamado Saulo, el gran perseguidor - que así como el Señor había salvado a Pablo, un gran pecador como él era, así nuestro Salvador mostró a todo pecador debajo del cielo en cualquier tiempo después que ¡nadie debe desesperarse ante la posibilidad de obtener el perdón! ¡Esta es la verdad más vital y preciosa! “¡Por esto obtuve misericordia!”. Eso significa, “he obtenido el perdón, por esta causa, para que, en mí, el mayor pecador, el mayor de los pecadores, Jesucristo pueda mostrar a aquellos “toda paciencia”. Eso significa, “cuánto está sufriendo ahora, debido a que lo que Él está dispuesto a hacer por los pecadores no se aprovecha inmediata y completamente”. Eso ciertamente no significa que no sean particularmente grandes pecadores, sino que está dispuesto a perdonar al mayor pecador. Pablo estaba dispuesto a convertirse en una muestra - un modelo - para que ni una sola persona en el futuro tuviera motivo para decir: “¡Soy un pecador demasiado endurecido! ¡He vivido demasiado tiempo en el pecado! Mis pecados son demasiado grandes y demasiados para soportarlos. ¡No puedo esperar el perdón!”. ¡Nada de eso! Aquí se da a Pablo como ejemplo, como modelo, como muestra, de lo que Dios está dispuesto a perdonar y de lo que el Señor Jesucristo está dispuesto a hacer con respecto a todos y cada uno de los pecadores. Pero esto es “simplemente confiando en Aquel” que ha pagado la pena del pecado por nosotros con el derramamiento de su propia sangre.

¡Oh, amigos míos, qué precioso! ¡Sí, qué precioso! Quizás haya alguien aquí presente que diga: “Mi madre lloró por mí, me suplicó con muchas lágrimas corriendo por sus mejillas envejecidas, que cambiara mi rumbo y me hiciera diferente; pero soy un pecador miserable y culpable, ¡y he continuado en mi pecado hasta ahora!”. ¡Ah, amigos míos! Por culpables que seáis vosotros, que hasta podríais resistir las lágrimas de su pobre, querida y anciana madre, que ha llorado por ti innumerables veces, sin embargo, incluso tú serás perdonado si buscas el perdón por medio de la justicia y el amor del Señor Jesucristo.

¡Oh, qué precioso! ¡Sí, qué precioso! Saulo fue perdonado para que ni un solo individuo debajo del cielo pudiera decir: “Soy demasiado viejo, demasiado pecador,

demasiado endurecido, mis pecados son demasiados”. ¡Nada de eso! Si solo busca la salvación a través de Jesucristo, puede obtener misericordia. ¡Qué indescriptiblemente precioso!

Esto nos trae al punto de que, mientras aún estemos en el cuerpo, podemos saber que somos pecadores perdonados. Podemos saber que Dios nos ha perdonado y reconciliado consigo mismo. ¿Todos los aquí presentes disfrutan de este conocimiento del perdón de sus pecados? Esto es lo que deseo con respecto a todos aquí. No tengo la menor duda de que hay un gran número aquí presente que conoce y disfruta del conocimiento del perdón de sus pecados. ¿Pero todos vosotros? He disfrutado del conocimiento del perdón de mis pecados. No tengo la menor duda. Estoy tan seguro de que iré al cielo como si ya estuviera allí. Pero no merezco nada más que el infierno. Soy un creyente, sin embargo; y la Palabra de Dios declara que tanto amó Dios al mundo que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna, para que podamos ir al cielo. Ahora sí creo en Él. Por tanto, es cierto que estaré en el cielo. La Palabra de Dios declara acerca del Señor Jesús, que es el Salvador de los pecadores; que todos los que crean y confíen en Él para salvación, obtendrán la remisión de sus pecados, es decir, el perdón de sus pecados. El versículo 43 del capítulo 10 de los Hechos de los Apóstoles lo declara enfáticamente: “De Él dan testimonio todos los profetas, que por su nombre todo aquel que en Él cree, recibirá remisión de los pecados”. Por tanto, sé que mis pecados serán perdonados por la fe en Cristo; y que iré al cielo si confío en el Señor Jesús.

Entonces, nuevamente, podemos saber que nuestros pecados son perdonados incluso mientras estamos aquí. No nos es indiferente si lo sabemos o no. Es de gran importancia para nosotros que tengamos conocimiento de este hecho incluso aquí, porque no hay un estado real de gozo en Dios sin saber que somos aceptados en Él, ¡que nuestros pecados son borrados por la expiación que el Señor Jesús hizo por nosotros!

Y ahora, mis queridos amigos, quisiera insistir afectuosamente en este punto sobre cada uno de vosotros que es creyente en Cristo. Si no tenéis el conocimiento de que vuestros pecados son perdonados, os suplico con fervor y amor que no os deis descanso hasta que conozcáis a Cristo; y si confías solo en Cristo para la salvación, entonces, según el pasaje que acabo de citar, es seguro que tus pecados te son perdonados. Por lo tanto, podemos tener paz en Dios, y así ser fuertes en el Señor, porque el gozo del Señor es nuestra fortaleza en la proporción en que trabajamos para Dios, lo amamos y confiamos en Él. ¡¡Estamos muertos para el mundo y para todas sus malas influencias, si confiamos completamente en Él!!

Oh, mis queridos amigos, es de suma importancia para nosotros saber que somos perdonados, saber que hemos obtenido misericordia. ¿Qué dice el Apóstol? “Sin embargo, por esto obtuve misericordia, para que en mí primero” - en mí, tan gran pecador, el Señor Jesús pudiera comenzar - a mostrar primero, la inmensidad de su longanimidad, el grado de su longanimidad, el alcance de su paciencia, para todos aquellos que en el futuro crean en Él. ¡Oh! ¡Qué pensamiento reconfortante para un pobre pecador agobiado! Ningún pobre pecador necesita ahora desesperar de la salvación - ¡de ser perdonado! ¡Qué pensamiento tan precioso! ¡Oh, tan precioso!

Luego una palabra más. ¡Vida eterna! ¡Sí! ¡Vida eterna! ¡Una eternidad de felicidad! ¡Participación en los ríos del placer a la diestra de Dios! Habiendo sido lavados en la sangre de Cristo, ya no estamos muertos en delitos y pecados. Somos purificados del pecado, ¡espiritualizados! Y, ¡oh, qué pensamiento tan glorioso: que esta vida espiritual en nosotros a través del don del Espíritu Santo es eterna! ¡Aún no está completamente desarrollada! Se desarrollará por completo cuando el Señor nos lleve a Él, ¡completamente desarrollada para la alabanza, honor y gloria de Dios! ¡Oh, cuán preciosa es esta bendición! ¡Todos los aquí presentes esta mañana pueden obtenerlo! Aquí hay un ejemplo ante ti de una imagen culpable: ¡perdonado y hecho un hombre feliz! ¡He tenido esta felicidad ahora durante setenta y un años y cinco meses! Y lo que Dios hizo por mí, está dispuesto a hacerlo por todos y cada uno de los que acepten a Cristo. ¡Oh, acéptalo ahora!

He viajado por cuarenta y dos países en mis labores misioneras; pero creo que puedo decir que de los muchos millones de seres humanos con los que entré en contacto que eran merecedores del infierno, ninguno de ellos merecía tanto el infierno como yo, ¡el mayor pecador! Siendo esto así, puedo aseguraros que la única manera de encontrar aceptación en Cristo es confiando en Él para el perdón total y completo durante toda tu vida. Para cada uno de vosotros que no ha obtenido estas bendiciones de las que he estado hablando, he venido aquí esta mañana como testigo de Cristo, porque lo que el bendito Señor hizo por mí, está dispuesto a hacerlo por vosotros. Confía en Él; y estoy seguro de que serás feliz. Amén.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org